

MIGUEL Y CALISTO

2º-3º

Hace mucho tiempo vivía un hombre llamado Calisto Capaz. Tenía una pequeña casa con un pequeño huerto, una vaca dócil y una esposa cariñosa. Y si la esposa es mencionada al final, no significa que fuera menos importante. Más bien, es porque su casita, su huerto y su vaca lo hacían feliz, mientras que su esposa lo entristecía. Ella lloraba con Calisto constantemente.

Lloraba después del desayuno, lloraba después del almuerzo, lloraba después de la cena y lloraba al acostarse. Pero lo peor era que no quería decirle a Calisto por qué lloraba.

"No te preocupes", decía, "déjame sola. Tú no lo entenderías".

Pero Calisto se preocupaba. Se preocupaba después del desayuno, se preocupaba después del almuerzo, se preocupaba después de la cena y se preocupaba al acostarse. Hasta que un día ella finalmente se lo dijo. *¿Y saben cuál era la razón?* ¡Lloraba porque no tenían hijos!

Calisto nunca lo había pensado, pero ahora lo hizo. Y un gran pesar se apoderó de él. Se sintió profundamente triste y también le dieron ganas de llorar. Así que ambos se sumieron en la miseria.

Entonces, un día, Calisto decidió visitar al mago Miguel para pedirle consejo. El mago estaba sentado en los escalones de su casa, vestido con una túnica cubierta de soles, lunas y estrellas. Sobre sus rodillas sostenía una gran espada en cuyo filo miraba con profundidad. Calisto le contaba sobre su pena y la de su esposa. Cuando Calisto terminó, Miguel dejó de leer. Pasó su dedo índice sobre la espada, como si dibujara algo en ella.

Luego dijo:

"¿Eres consciente de lo que pides? Los hijos pueden ser una gran carga".

"Pero la tristeza es una carga aún mayor", respondió Calisto.

"Una carga alegre es ligera. ¡Solo danos hijos!".

"Está bien", dijo Miguel, "¡tendrás lo que deseas!".

Tomó su espada, entró en su casa y cerró la puerta tras de sí.

Calisto estaba cansado, acalorado y cubierto de polvo cuando regresó a casa esa noche. Pero nada de eso importaba: el pesar había desaparecido de su corazón. Y cuando se acercó a su pequeña casa, escuchó una risa clara y alegre. Era la risa de su esposa, que hacía mucho tiempo no escuchaba. Pero también oyó otros sonidos: parloteos, gorjeos, palmadas y pisadas. Cuando dobló la esquina y vio su casita, ¿qué encontró?

¡Niños por todas partes! Niños en el huerto, Niños entre las flores, Niños saliendo por la puerta, Niños asomándose por las ventanas. Todos eran del mismo tamaño, pequeños y regordetes. Todos parecían traviesos, reían y gritaban, y ninguno llevaba puesto ni un hilo de ropa. En medio de ellos estaba su esposa, riendo tan feliz como los Niños. *"¡Cielo santo!", exclamó Calisto.*

"¿Cuántos son? ¡Seguro son cien!"

"Ni uno de más", rió su esposa.

Tal vez. Pero cien Niños necesitan comida y ropa. Pronto se acabaron todas las provisiones. La esposa de Calisto desarmó todas las camisas y faldas para confeccionar ropa pequeña, pero la mitad de los Niños seguía desnuda. Aunque Calisto y su esposa eran felices, escuchaba a sus hijos gritar:

"¡Padre, tengo hambre! ¡Madre, tengo hambre!"

Era hora de pensar cómo alimentarlos a todos.

Calisto se rompió la cabeza pensando. Finalmente dijo:

"Bueno, esposa, esto no puede continuar. Saldré al mundo en busca de comida".

Para ser sinceros, él también tenía mucha hambre, pues toda la leche de la vaca se la habían dado a los Niños. Además, éstos se habían comido todas las manzanas verdes del huerto, y su esposa había usado hasta el último gramo de harina para hacer panecillos. Calisto no comía desde hacía quién sabe cuánto tiempo.

Así que emprendió el camino, que le pareció interminable porque no sabía adónde ir. Al anochecer, llegó a un redil de ovejas. El pastor estaba encerrando a las ovejas y los corderos para la noche.

"Si espero a que oscurezca", pensó Calisto, "quizá pueda llevarme uno o dos corderos a casa. Sé que eso es robar, pero ... ¿qué puede hacer un hombre con cien Niños hambrientos?"

Así que esperó a que anocheciera. La luna brillaba, pero había algunas nubes, y Calisto aguardó a que cubrieran la luna.

De repente, escuchó un ruido estruendoso, y un dragón descendió del cielo. Agarró unos corderos, uno en cada garra, se llevó dos ovejas en su boca y voló de nuevo.

El redil se llenó de caos: corderos balando, ovejas balando. Los pobres animales saltaban las vallas y corrían en todas direcciones. El pastor gritaba y corría de un lado a otro, su perro ladraba y rodeaba a las ovejas. Calisto jadeaba y movía los brazos, haciendo lo posible por ayudar. Cuando las ovejas volvieron al redil, Calisto y el pastor se sentaron juntos. El pastor golpeó el suelo con desesperación y se lamentó:

*"¡Lo mismo todas las noches! ¡Cada noche viene este dragón a robarme!
¡Pronto no me quedará ni una oveja y sin dinero!"*

Calisto había comido un poco del pan y queso del pastor y bebido de su cantimplora. Ahora, con algo de comida en el estómago, se sentía Capaz de todo y tuvo una idea audaz.

"¿Qué me darás si te libero del dragón?", preguntó.

"¡Tres carneros gordos, tres ovejas, tres corderos y alguna pelleja!", dijo el pastor.

"¿Y algo de comer para mantenerme con vida hasta que el dragón regrese?"

"*Todo lo que quieras*", respondió el pastor.

"*¡Trato hecho!*", declaró Calisto.

No tenía idea de cómo deshacerse del dragón, pero estaba tan agradecido por la comida que pasó el día feliz con el pastor. Sin embargo, cuando anocheció y la luna brilló en un cielo despejado, un nudo de miedo se formó en su estómago. El temblor que lo invadía era tan intenso que estuvo a punto de huir. Pero el recuerdo de sus cien hijos hambrientos lo hizo quedarse.

A medianoche, se escuchó el ruido del dragón. Apareció, con la luna iluminando sus escamas, los cuernos en su cabeza y las espinas en sus alas.

"*¡Ahora o nunca!*", pensó Calisto. Con valentía, se plantó frente al redil y gritó:

"*¡Alto!*".

El dragón aterrizó y se quedó paralizado por la sorpresa.

"*¿Yo? ¡Jamás!*", rugió. "*¿Quién eres tú?*".

Calisto respondió:

"*¡Soy Calisto Capaz, el que rompe rocas por la noche, para los ríos y vacía los mares por el día!*".

"*Primero lucha conmigo*", retó el dragón, pero su voz tembló un poco, pues en el fondo era cobarde.

"*¿Luchar contigo?*", rugió Calisto. "*¿Para qué? ¿No sabes que con un solo soplo puedo matarte? ¿O que puedo llevarte a las montañas y convertirte en un sándwich con salsa de guirnalda de flores?*".

El dragón se asustó de verdad.

"*Bueno, entonces, buenas noches*", se apresuró a decir.

"*¡Eh, no tan rápido!*", gritó Calisto. "*Tú y yo tenemos cuentas que ajustar*".

"*¿Qué cuentas?*".

"*Por las ovejas que robaste. Todas son mías. El hombre que ves allí es solo uno de mis pastores. ¡Así que paga, o te irá mal!*".

El dragón no tenía dinero. Se puso amarillo de miedo. Creía que Calisto lo haría picadillo para comérselo con sus flores.

"*Te diré algo*", dijo, "*ven a mi casa. Mi madre tiene sacos llenos de dinero. Si pasas tres días con nosotros y la ayudas en sus tareas, te daré siete sacos de monedas de oro cada día*".

¡Tres días viviendo con dos dragones! Calisto no podía imaginarlo. Pero al pensar en los veintinueve sacos de oro y toda la comida que podría comprar para sus hijos, decidió:

"*¡Está bien, iré!*".

Así que Calisto y el dragón emprendieron el viaje.

Al acercarse a la casa, Calisto vio a la madre del dragón asomarse. Sus grandes ojos brillaban como faroles, iluminando el camino, los árboles e incluso las briznas de hierba.

"¿Qué?", gritó ella, "¿ninguna oveja?". Se enfureció, y llamas y chispas salieron de sus fosas nasales.

"Mi madre es un pequeño demonio", susurró el dragón a Calisto.

"Mejor quédate aquí. Yo entraré a explicarle".

Calisto estaba contento de quedarse afuera. El dragón y su madre entraron a la casa. De nuevo, Calisto pensó en huir, pero el recuerdo de sus hijos lo hizo quedarse.

Dentro de la casa, el dragón susurró a su madre:

"Traje a un tipo terrible. Devora rocas y convierte a los dragones en bocadillos.

¡Tenemos que deshacernos de él!".

La madre del dragón se rió tan fuerte que la casa tembló.

"Déjame a mí. Yo me encargaré".

Así que llamaron a Calisto para que entrara. Esa noche, Calisto no pudo dormir bien, aunque le dieron una cama enorme con una almohada que se movía como olas. Soñó que la madre del dragón incendiaba la cama con sus ojos.

A la mañana siguiente, ella le dijo:

"Quiero hacerte unas pruebas y ver quién es más fuerte: tú o mi hijo". Sacó una enorme maza con siete anillos de hierro.

"¡A ver quién puede lanzarla más lejos!".

El dragón tomó el mazo, la giró tres veces sobre su cabeza y la lanzó. Cayó a tres millas de distancia.

Calisto y el dragón corrieron hacia ella. Calisto sabía que ni con la ayuda de siete hombres podría levantarla. Miró el mazo y suspiró:

"¡Qué lástima!".

"¿Qué lástima de qué?", preguntó el dragón.

"Es una maza tan hermosa", dijo Calisto, "es una pena que cause tu muerte".

"¿Mi muerte?".

"Sí", continuó Calisto. "Todo lo que lanzo regresa a mí, porque mis manos son como imanes. No me haría daño, pero a ti te golpearía en la cabeza al pasar. El mazo te aplastaría el cráneo".

"Oh, no tengas tanta prisa por lanzar", dijo el dragón, "comamos un poco primero"

»Puedo esperar todo el día«, respondió Calisto, »no tengo prisa por aplastar tu cabeza.«

Así que el dragón fue a casa y trajo algo de comer. Luego se sentaron junto a el mazo y comieron hasta el anochecer. Finalmente, Calisto se levantó y miró al cielo.

»¿Qué estás buscando?« preguntó el dragón.

»La luna«, respondió Calisto, »espero a que se ponga. ¿No ves que está en mi camino? Pero si tienes prisa, puedo lanzar el mazo ahora. ¿Crees que llegará justo a la luna? Creo que se quedará un momento más en ese lugar. Seguro que no te importa perderla, ¿verdad?«

Al dragón le importaba mucho perder su maza. La había heredado de su abuelo, a quien admiraba profundamente.

»¡No la lances!« suplicó.

»Oh, pero debo hacerlo«, respondió Calisto, »tu madre lo exigió. Quería una prueba de fuerza.«

»Déjame lanzarla yo en tu lugar«, dijo el dragón, »¡ella nunca lo sabrá!«

Pero Calisto se negó y siguió negándose, hasta que finalmente el dragón le ofreció siete sacos llenos de ducados para que no lanzara el mazo a la luna.

»Muy bien«, dijo Calisto.

El dragón recogió el mazo y lo lanzó de vuelta a la casa, y cayó una milla más allá.

»¡Tres millas para ti y cuatro para mí!« declaró Calisto. »¡He ganado!«

»Sí, has ganado«, admitió el dragón con disgusto,

Y saltó hacia la casa para informar a su madre que había tenido grandes dificultades para evitar que Calisto lanzara el mazo a la luna.

Entonces, la madre del dragón también comenzó a asustarse un poco. A la mañana siguiente, dijo:

»Ahora, vayan los dos y tráiganme todo el agua que puedan.«

Les dio doce pieles de búfalo y les ordenó llenarlas para el anochecer.

Fueron a la fuente, y el dragón llenó las doce pieles, las llevó a casa y las devolvió vacías.

»Ahora te toca a ti«, le dijo a Calisto.

Calisto sacó un cuchillo de su bolsillo y comenzó a cavar la tierra alrededor de la fuente.

»¿Qué estás haciendo?« preguntó el dragón.

»Estoy excavando en lo que parece una fuente«, respondió Calisto. »Es una pérdida de tiempo llevar agua en pequeñas pieles. ¡Podemos llevarla toda de una vez!«

»¡No, no hagas eso!« suplicó el dragón, »mi abuelo construyó esta fuente.

¡Déjala en paz, yo llevaré las pieles por ti!«

»¡No!« dijo Calisto, y siguió cavando.

Entonces, el dragón le ofreció otros siete sacos llenos de ducados para que no excavara la fuente. »Bien«, aceptó Calisto, »de acuerdo.«

Todo el día, el dragón cargó las pieles llenas de agua. Al anochecer, estaba cansado y de mal humor. Calisto, en cambio, roncaba bajo su edredón de plumas. Solo le quedaban veinticuatro horas con los dragones. Ahora estaba bastante seguro de que sería más fuerte que ellos.

A la mañana siguiente, la vieja madre dragón les ordenó ir al bosque a buscar leña.

Fueron al bosque, y el dragón comenzó a arrancar árboles del suelo como si fueran palitos. Luego los colocó en fila.

Calisto, sin embargo, trepó a la copa de un árbol envuelto en una vid silvestre. Con una rama, dobló la copa del árbol hacia otro.

»¿Qué haces ahí arriba?« preguntó el dragón.

»Estoy atando los árboles«, respondió Calisto. »Ahorra tiempo. Así puedo arrancar todo el bosque de una vez.«

»¡No! ¡No!« gritó el dragón, »mi abuelo plantó este bosque. ¡Déjalo en paz!«

»Oh, no«, dijo Calisto. »¡No voy a ir y venir con solo dos o tres troncos a la vez!«

Entonces, el dragón le ofreció a Calisto siete veces siete sacos de ducados si dejaba el bosque en paz. Calisto aceptó. El dragón pasó el día cargando leña, mientras Calisto holgazaneaba y lo observaba.

Así terminó el tercer día, y por la mañana Calisto sería libre, con tres sacos de ducados por cada día, siete más por no lanzar el mazo a la luna, otros siete por no excavar la fuente, y siete veces siete por dejar el bosque en paz. Lo único que le preocupaba era cómo llevarse los ducados a casa.

Esa noche, mientras Calisto estaba en la cama, el dragón y su madre se sentaron en la sala y tuvieron una larga conversación. Calisto apoyó el oído en el suelo y escuchó.

»¡Estamos arruinados!« se lamentó el dragón.

»¡No lo estamos!« respondió la madre.

»¿Qué podemos hacer?« gimió el dragón.

»¡Debes acabar con él esta misma noche!« susurró la madre.

»¡No me atrevo!« lloró el dragón, »es demasiado fuerte. ¡Él me matará a mí!«

»Oh, no lo hará«, dijo la madre. »Espera hasta que esté dormido. Toma el mazo de tu abuelo y golpéalo en la cabeza.«

Calisto escuchó con atención. El dragón y su madre apagaron las velas y se fueron a la cama.

»Espera a oírlo roncar«, susurró la madre.

Pero Calisto se levantó en silencio, tomó el comedero de los cerdos, lo llenó de tierra, lo colocó en su cama y lo cubrió con la manta. Luego se escondió debajo de la cama y comenzó a roncar fuerte. El dragón tomó el mazo y entró sigilosamente. Con un golpe terrible, el mazo cayó sobre el comedero. Calisto gimió horriblemente desde debajo de la cama.

El dragón salió de la habitación. Cuando Calisto escuchó que sus ronquidos hacían temblar la casa, salió de debajo de la cama, llevó el comedero al patio y dejó todo en orden. A la mañana

siguiente, cuando Calisto bajó a desayunar, el dragón y su madre lo miraron como si fuera un fantasma.

»¿Cómo... cómo dormiste?« balbuceó el dragón.

»Bien«, respondió Calisto, *»sólo pasó un ratoncito por mi cara y me hizo cosquillas con su cola. La agarré y le di una lección. No creo que me moleste esta noche.«*

»Esta noche...«, jadeó el dragón, *»¡pensé que te irías esta mañana!«*

»No«, respondió Calisto, *»me siento muy cómodo aquí. Por eso he decidido quedarme un poco más.«*

El dragón y su madre se retiraron a la sala y comenzaron a discutir.

»Es tu culpa... ¿por qué lo trajiste aquí?« gruñó la madre.

»¡Como si pudiera evitarlo!« se lamentó el dragón. *»¡Casi me mata!«*

»Me has arruinado«, regañó la madre, *»¡ahora tendré que darle todo el oro que he reunido!«*

»¡Prefiero estar arruinado que tenerlo aquí una hora más!« respondió el dragón.

Así que la madre reunió todos los sacos que pudo y los llenó con ducados.

»No somos como tú«, dijo la madre a Calisto, *»y aunque hemos disfrutado de tu compañía, no estamos acostumbrados a visitas. Mi hijo y yo hemos decidido viajar al mar para cambiar de aires. Toma este pequeño regalo de nuestra parte.«*

Calisto miró los sacos llenos de ducados. Eran setenta y siete, todos repletos de monedas de oro.

»¿Qué esperas?« preguntó el dragón.

»Solo estoy pensando«, respondió Calisto. *»¿Qué dirá mi gente si vuelvo con tan poco? Dirán: "¡El gran Calisto Capaz estuvo fuera solo tres días y vuelve tan débil como un dragón!" No, eso no puede ser. ¡Debo quedarme un poco más!«*

El dragón y su madre gritaron de terror. Le prometieron siete veces más sacos con tal de que se fuera.

»Bien, bien«, dijo Calisto, *»veo que no quieren que me quede. No soy de los que se imponen donde no son bienvenidos. Me iré... pero con una condición.«*

»¡Cualquier condición!« gritó el dragón. *»¿Cuál es?«*

»¡Tú llevarás los sacos a mi casa!« dijo Calisto, *»así no tendré que avergonzarme ante mis amigos.«*

Rápidamente, el dragón cargó los sacos con sus garras y se los puso al lomo.

»¡Adiós!« dijo Calisto a la madre dragón, *»¡y gracias por tu hospitalidad!«*

»No hay de qué«, respondió ella, cerrando y cerrando la puerta tras él.

Calisto y el dragón emprendieron el camino. Al acercarse a la casa, Calisto escuchó a sus hijos gritar.

Entonces le dijo al dragón:

»Amigo, me preocupas. Tengo cien hijos, y todos son tan fuertes como yo. No son malos, pero son algo salvajes. Podrían destrozarte en pedazos jugando.«

¡Destrozado por cien pequeños Calistos Capaz! El dragón tembló tanto que dejó caer todos los sacos. En ese momento, los Niños llegaron corriendo, hambrientos desde la partida de Calisto. Blandían cuchillos y tenedores, gritando:

»¡Queremos carne de dragón!«

»Te lo advertí...«, susurró Calisto.

Pero el dragón ya no lo escuchaba. Gritó y huyó, jurando no volver jamás cerca de la casa de Calisto.

Calisto, su esposa y sus cien hijos recogieron el oro y vivieron felices para siempre.